

ELECCIONES PRESIDENCIALES Y PARLAMENTARIAS DE 1993

José Auth

Este trabajo examina el avance electoral de la Concertación en el campo de las opciones presidenciales, deteniéndose en el triunfo obtenido por Eduardo Frei, como también en las votaciones alcanzadas por los candidatos independientes José Piñera y Manfred Max-Neef. El autor observa que de no mediar reformas políticas y electorales que faciliten el alieneamiento del electorado en torno a los temas sociales, políticos y culturales del presente y del futuro, es muy posible que el sistema político continúe operando dentro del actual esquema de dos bloques inaugurado en el plebiscito de 1988. En el ámbito parlamentario, junto con destacarse la gran estabilidad de la relación de fuerzas políticas globales respecto de las elecciones municipales de junio de 1992, se señala que las variaciones que tuvieron lugar al interior de cada uno de los bloques se orientan hacia un mayor equilibrio de las fuerzas competitivas que los conforman. Asimismo, se plantea que si bien los partidos de la Concertación tienen mayor correspondencia con electorados propios que los partidos de la derecha, esta última elección demuestra que existe un electorado concertacionista que se desplaza con fluidez entre los distintos partidos del conglomerado, lo cual obliga a relativizar cualquier conclusión fácil sobre los avances y retrocesos de los distintos partidos al interior de este bloque. El autor ensaya luego, en la parte final del análisis, una relación de las estrategias de campaña de las distintas fuerzas de la Concertación y su influencia sobre los resultados electorales.

JOSÉ AUTH. Ph. D. (c) en Sociología, Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París. Dirigente nacional del Partido Por la Democracia.

Estudios Públicos, 54 (otoño 1994).

Presentación

Las elecciones constituyen un momento privilegiado para el análisis político. Tal como las encuestas, son fotografías del estado de opinión de un país, de la correspondencia social de las diversas fuerzas políticas y del eco de los distintos discursos que compiten en un proceso electoral. Superiores a las encuestas, porque no hay distorsión posible derivada del muestreo, y el secreto y la soledad de las urnas anulan completamente aquella incontrolable tendencia de los encuestados a responder lo que creen es el deseo de los encuestadores. Inferiores, porque la identidad del votante, sus antecedentes sociales, económicos, culturales y políticos desaparecen completamente para igualarse a todos los demás en la condición ciudadana.

A la hora de extraer conclusiones de los resultados de una elección, bien vale recordar que si son personas las que votan, también lo son quienes buscan y reciben el apoyo ciudadano. El éxito o la derrota de un candidato tiene siempre una explicación casuística, asociada a sus condiciones personales y su campaña, así como a la de sus competidores. El análisis global, entonces, no desmiente ni minimiza la especificidad de la relación candidato-electores; es una reflexión a partir de la búsqueda de aquello que se repite más allá de las diferencias, para indicar tendencias generales del comportamiento electoral de la gente. Lo anterior obliga a la moderación en las derivaciones políticas del análisis electoral.

Es necesario tener en cuenta también que en una elección se expresan millones de actores individuales y numerosos actores colectivos, cada uno con sus demandas, deseos, metas, quejas y proposiciones. El resultado es, precisamente, una consecuencia de esas diferencias; es el estado de correlación de uno o varios conflictos. No procede, entonces, analizar un resultado electoral como si fuera la palabra o el deseo de un actor, sea la ciudadanía o el país, cuyos mensajes son siempre múltiples, diversos y hasta contradictorios.

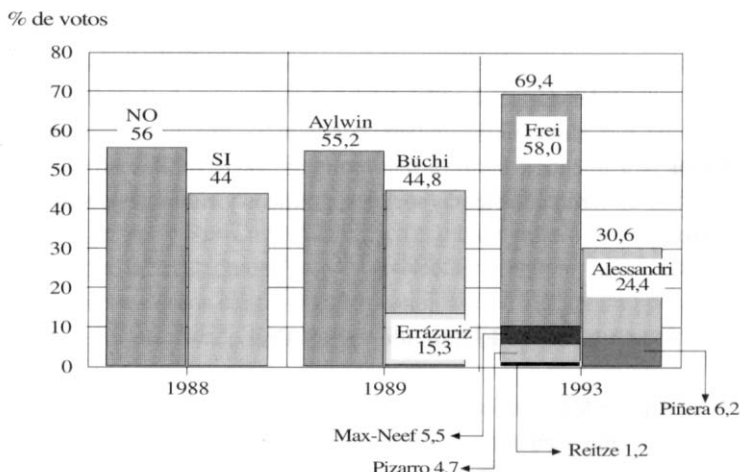
Con estas precauciones, dichas para alejar tentaciones cercanas al lector, pero también al analista, pasamos a presentar nuestra mirada a los resultados de esta elección. Son preguntas políticas a las cifras, que a veces entregan respuestas claras y otras no tanto. Sugiero la atención del lector para distinguir cuando el entusiasmo del analista comprometido lo conduce más allá de lo que responden los datos electorales.

El avance del No

La escena política chilena se reconstituyó al momento del plebiscito de 1988, cuando la ciudadanía debió optar por aprobar o rechazar que el

Comandante en Jefe de las FF.AA., y entonces Jefe de Estado, Augusto Pinochet, pasara a ser Presidente de la República de acuerdo a la Constitución de 1980, por un lapso de ocho años, hasta 1996. Esa continúa siendo la principal línea divisoria de la política chilena, entre aquellos que optaron por el SI y la continuidad del liderazgo militar, y los que votando NO afirmaron la necesidad de poner fin al extenso período autoritario y avanzar rápidamente en la reconstrucción de la democracia.

GRÁFICO N° 1



Las tres elecciones efectuadas desde 1988 están marcadas por el enfrentamiento de fuerzas cuya diferencia fundamental está referida a la división SI/NO establecida en ese plebiscito.

Vistas desde esta perspectiva, las elecciones presidenciales mostraron un significativo avance del campo del NO al cabo de cuatro años de gobierno democrático. Catorce por ciento de los electores, que votaron SI en el plebiscito de 1988 y luego prefirieron a Errázuriz o Büchi en la presidencial de 1989 se desplazaron en esta ocasión hacia opciones presidenciales que se reclamaban del NO en diciembre pasado. Principalmente hacia Frei, pero también en alguna medida a Max-Neef. Para el campo del SI esto representa la merma de un tercio (31,7%) de su votación en sólo cuatro años.

Las encuestas previas a la elección mostraban que los desplazamientos de votantes Aylwin en 1989 hacia los candidatos presidenciales de la derecha eran estadísticamente marginales, y que la merma de votos Aylwin se orientaba hacia los demás candidatos que se reclamaban del NO. Entre

quienes declaraban haber votado por Büchi, en cambio, aparecía un leve desplazamiento hacia Frei, mientras los votantes de Errázuriz mostraban su disposición mayoritaria a votar por el candidato presidencial de la Concertación, y una minoría no despreciable indicaba su preferencia por Max-Neef. En cierto sentido, la acogida al llamado de Errázuriz en 1989 a escapar de la dramática opción entre el SI y el NO representó un primer paso en el tránsito al campo presidencial del NO de quienes apoyaron al gobierno militar y votaron SI en 1988, pero perdieron su identificación con lo que ello representa. Resulta ilustrativa la baja tasa de reconocimiento del voto SI que revelan las encuestas cuando solicitan respuestas por las votaciones del pasado; lo mismo ocurre con la votación errazurista.

Las últimas elecciones se situaron en absoluta continuidad con las precedentes en términos de los principales ejes divisorios del electorado. La unidad electoral del campo del SI tendió a reforzar esta dimensión, y es muy probable que el sistema político chileno continúe por mucho tiempo oponiendo al SI y al NO mientras las reformas políticas y electorales no faciliten el alineamiento en torno a los temas sociales, políticos y culturales del presente y del futuro.

El llamado “plus” Frei

El triunfo de Eduardo Frei, por su magnitud, tiene pocos precedentes en la historia de Chile. Una mayoría electoral tan rotunda, obtenida en el marco de una competencia a seis bandas, donde tres candidatos intentaban convocar la adhesión de electores del campo del NO, y la obtención de 2,4 veces la votación de su adversario más serio, Arturo Alessandri, necesitan explicaciones adicionales a la fuerza relativa de cada uno de los bloques políticos en competencia.

Büchi y Errázuriz obtuvieron en 1989 una votación mayor en 3,4 puntos porcentuales a la obtenida por el conjunto de las listas parlamentarias de derecha. Alessandri y Piñera, en cambio, son superados en 6 puntos por la lista parlamentaria única que representó a la derecha en esta elección. Y la diferencia en visibilidad, fuerza y poder de los liderazgos de la Concertación respecto de los de la derecha ha desaparecido prácticamente luego de cuatro años de ejercicio parlamentario, gestión gubernamental y vida política pública.

Los candidatos presidenciales de la izquierda de fuera de la Concertación sumaron 11,4% de los votos. Frei, sin embargo, superó la votación de Patricio Aylwin en 1989 en 2,8%. Eso significa, en concreto, que cerca de un millón de personas que entonces no votaron por el candidato de la Concertación, optó esta vez por Eduardo Frei.

Cuánto de este crecimiento electoral tiene que ver con la Concertación como coalición política y cuánto con la persona y el carisma del candidato es algo difícil de precisar. Pero hay datos indicativos.

Las listas parlamentarias de la izquierda de fuera de la Concertación reunieron 7,8% de los votos, 3,6 puntos porcentuales menos que sus tres candidatos presidenciales. En su gran mayoría, estos electores adhirieron a los candidatos de la Concertación al Parlamento. Ello, sumado a los 2,5 puntos de diferencia que obtuvo Frei sobre la lista parlamentaria de la Concertación, hacen 6,1 puntos porcentuales de aporte propio de Eduardo Frei, proporción coincidente con la diferencia de 6 puntos entre el resultado parlamentario y presidencial de la derecha. Este es propiamente el “plus” Frei, unos 400 mil votantes que cruzaron a la vereda de enfrente para elegir candidato presidencial, quedándose en la propia a la hora de preferir sus candidatos al Parlamento.

La votación agregada de Alessandri y Piñera fue mayor que la de su lista parlamentaria en sólo 6 distritos, mientras que Frei aventajó a su propia lista en 46 distritos del país. Incluso más; sólo en 5 distritos (Arica, Antofagasta, Conchalí, Linares y San Carlos) la votación parlamentaria de la Concertación suma más que la votación de Frei y Max-Neef en conjunto, lo que quiere decir que sólo en estos casos calificados, los candidatos al Parlamento penetran más que Frei en el electorado de derecha. En los 55 distritos restantes ocurre lo contrario.

Si comparamos con la votación recibida por Aylwin en 1989, los incrementos más importantes de Frei ocurren en las regiones rurales (10,7% en la Sexta Región, 9,7 en la Novena, 5,7 en la Décima y 5,5% en la Séptima) y en las comunas urbanas con altos índices de pobreza. Es justamente en los sectores más pobres, rurales y urbanos donde radica el “plus” Frei. Las encuestas lo señalaron durante toda la campaña.

Es estéril el ejercicio de hipotetizar sobre el resultado posible de otros candidatos presidenciales de la Concertación, pero es difícil imaginar una candidatura que hubiera tenido en esta coyuntura un éxito equivalente o mayor al obtenido por Eduardo Frei. Es claro que el éxito de Frei se explica, en primer lugar, por encarnar la coalición política más amplia de la historia reciente, y porque la consistencia de su propuesta aparecía ampliificada por los desmembrados y poco convincentes apoyos políticos de los demás candidatos; también se halla el origen de una victoria de tal magnitud en la particular génesis de su candidatura, donde el proceso de Primarias Abiertas le brindó una muy alta legitimidad política, a la vez que un rol importante jugó el buen recuerdo del gobierno de Eduardo Frei Montalva que tienen quienes lo vivieron y la leyenda positiva que han heredado las

generaciones posteriores. Pero quizá el factor desequilibrante reside en las características peculiares de su liderazgo —poco politizado, con alta credibilidad y muy conectado al sentido común— que lo hacen particularmente atractivo para el electorado blando de derecha, el errazurismo y la gente que no tiene definición política cristalizada.

Max-Neef y el liderazgo contestatario

En el ámbito de la competencia presidencial había tres candidaturas que se reclamaban del NO y disputaban el liderazgo de la oposición al sistema, hasta ahora nítidamente en manos del Partido Comunista.

Cristián Reitze, candidato de la Alianza Humanista-Verde, ahora fuera de la Concertación, obtuvo una votación apenas superior al error estadístico, mostrando su desaparición como corriente de opinión en la sociedad chilena. La nominación de un candidato con legitimidad en el núcleo interno del movimiento en desmedro de sus liderazgos más conocidos (Pía Figueroa, por ejemplo, que podría haber sido la única mujer en la carrera presidencial), así como los rasgos de su campaña y los resultados electorales, nos muestran cuán lejos estamos de aquella época en que los humanistas ocupaban entusiastas parte importante del espacio de lo nuevo en política con sus temas, estilo, banderas y liderazgos. Lo que en un momento prometió ser un aporte a la política chilena fue luego totalmente recuperado por la secta siloísta, regresando a la periferia marginal de la escena política.

Eugenio Pizarro no logró el objetivo para el cual fue designado candidato por el MIDA, cual era ampliar la base de apoyo del movimiento, consiguiendo incluso 1,7% menos que sus candidatos al Parlamento. Ya avanzada la campaña, el propio Partido Comunista había comprendido el enorme error de apreciación en que incurrió al imaginar esta alternativa como la del reencuentro del movimiento comunista con la Iglesia de base. El confuso posicionamiento político, cultural y religioso de Pizarro alentó a parte de su votación potencial para que optara por Frei o Max-Neef. Era conocida la debilidad del movimiento comunista en las pequeñas ciudades y en las zonas agrarias, pero esta vez fue superado en los grandes centros urbanos, tanto en la Quinta y la Octava regiones, como en la Región Metropolitana. Mantiene parte de su fuerza en las comunas urbanas más pobres, pero pierde el liderazgo en las comunas obreras más establecidas y su influencia entre la clase media más ilustrada.

Manfred Max-Neef, por su parte, consiguió sobreponerse a la debilidad de las organizaciones que lo apoyaban, obteniendo un resultado na-

cional superior al de Pizarro, dando una señal inequívoca de la pérdida de liderazgo del Partido Comunista entre los opositores radicales al sistema.

La votación de Max-Neef tiene, a nuestro parecer, un triple origen. El tercio mayor de sus electores —150 a 180 mil— limita con la Concertación y votó por parlamentarios de esta coalición, de preferencia pepedés y socialistas. Probablemente este es el grupo más comprometido con los temas planteados por su campaña. Otro tercio menor —unos 120 mil— está conformado por electores comunistas que fueron fieles a los candidatos del PC al Parlamento, pero prefirieron a Max-Neef antes que al cura Pizarro. Y el tercio restante —estimable en unos 100 mil votos— provino de electores de derecha de la clase media o alta ilustrada de los grandes centros urbanos, desencantada por la abulia y la falta de opción verdadera de su candidatura presidencial y seducidos por esta alternativa “otra” que no se puso en beligerancia frente a los demás candidatos, presentándose simplemente como una opción diferente centrada en temas ciudadanos de mayoritaria adhesión entre los grupos más jóvenes.

Este proceso de cambio de liderazgo en el movimiento de contestación alternativa se vivió en Europa luego de la rebelión estudiantil de mayo de 1968, a partir de la cual los comunistas comienzan a ceder la iniciativa a los movimientos pacifistas, verdes, feministas y otros de carácter contracultural, que ocuparon completamente la escena. Con el retardo que nos caracteriza, el país comienza a vivir este mismo proceso; pero lo hace en un contexto muy diferente, en medio de una gran debilidad estructural de los movimientos que podrían darle sustento, y nutriéndose fundamentalmente de una genérica sensibilidad crítica de la juventud, que encuentra aquí la manera de expresar su disconformidad con el *statu quo*. La votación de Max-Neef, sin embargo, es mucho más “blanda” e inestable que la de Pizarro; de hecho, creció desde la Concertación cuando pareció imposible que Frei no ganara la primera vuelta, y creció desde la derecha cuando Alessandri reveló toda su debilidad política y electoral.

La significación de este cambio de liderazgo es una señal de modernidad. Porque, si el Partido comunista tiene ambigüedades en su adhesión al sistema democrático, este movimiento contracultural, en cierta medida “neo-hippie”, tiene convicciones democráticas más asentadas e inquestionables. De cualquier modo, está por verse si la red de personas y organizaciones que apoyaron a Max-Neef consigue constituir un movimiento político coherente que capitalice el desencanto de la izquierda proveniente del derrumbe del paradigma comunista y la apuesta socialista a un protagonismo creciente en la gestión del Estado.

Piñera y el desafío a los partidos

José Piñera había venido buscando trabajosamente, desde hace al menos dos años, un posicionamiento político que superara la distinción SI/NO y solicitara adhesión y realineara en función de los temas del presente. Sus grandes dotes de comunicador social, puestas al servicio de un diseño estratégico coherente, permitían pensar en la viabilidad de una candidatura que apelara a dar vuelta la hoja, consiguiendo penetrar en el electorado concertacionista sin perder el apoyo derechista.

Su presentación como candidato a alcalde en la comuna popular de Conchalí y la imagen que logró proyectar de ese resultado apuntaban en la misma dirección. Así, resultó coherente su abandono de la UDI para emprender un camino a la candidatura presidencial desde fuera de los partidos, fundándola, justamente, en una crítica a las oligarquías partidarias.

Su candidatura desafió las previsiones de todos los sondeos de opinión, instalándose claramente en el tercer lugar de la carrera presidencial. Pero para ello debió abandonar toda pretensión de cruzar diagonalmente los campos políticos, reorientando radicalmente su campaña hacia la conquista del voto duro de derecha, compitiendo en su discurso —particularmente en la franja televisiva— con el candidato institucional de derecha, por la mayor fuerza en la oposición al Gobierno de la Concertación y por la mayor proximidad y lealtad a la obra del régimen militar: “Un ministro de Pinochet que se atreve a ser candidato a la Presidencia”.

En realidad, las encuestas mostraban sistemáticamente que Piñera no conseguía penetrar en el electorado de la Concertación y, al mismo tiempo, no avanzaba en credibilidad frente a Alessandri en su propio campo. Es que se fundaba en la proyección equivocada de un resultado electoral que más bien confirmaba la imposibilidad de éxito en ese camino estratégico. Piñera obtuvo 19,9% de los votos de Conchalí en las municipales, es cierto, pero concentrando la votación de su lista, que sólo consiguió 28,4%, cifra equivalente a la conseguida en las parlamentarias de 1989. No había tal “fenómeno Piñera”, entonces, desde el punto de vista electoral. De hecho, en la misma comuna de Conchalí obtuvo en diciembre pasado sólo 8,6% de los votos, menos de la mitad de la votación de Alessandri y menos de la séptima parte de la obtenida por Frei.

Aunque consiguió colocarse en el tercer lugar a pesar de los partidos, la experiencia de Piñera fue un fracaso de acuerdo a los objetivos que se planteaba. Estuvo muy lejos de la votación de Alessandri (a nivel nacional, la cuarta parte) en todas las comunas de Chile y su aporte al caudal de votos parlamentarios de la derecha fue prácticamente nulo. Tampoco amplió la votación presidencial de la derecha, sin conseguir penetrar el electorado concertacionista ni evitar que los electores independientes que habían optado por Errázuriz en 1989 se desplazaran masivamente para apoyar a Frei.

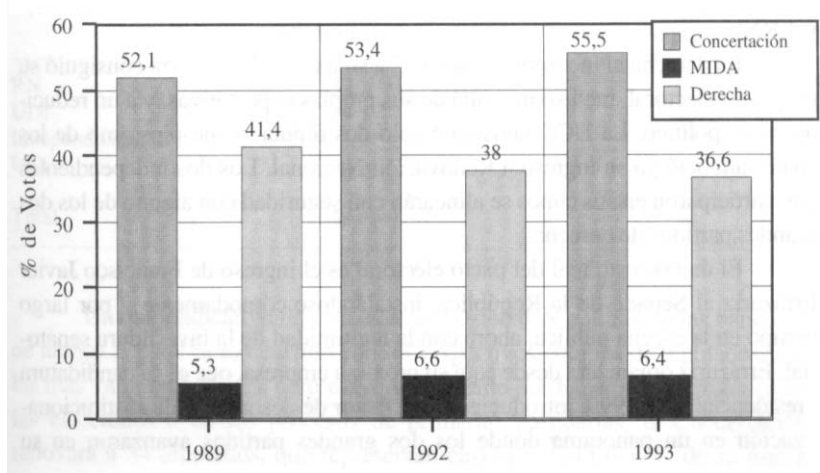
Sus mejores votaciones, sobre 7%, las consigue en las regiones Primera, Quinta, Metropolitana y Segunda, en ese orden. Las más bajas, menos del 5%, las obtuvo en las regiones Décima, Séptima, Undécima, Novena y Octava, en ese orden. En general, sus resultados son magros en las zonas rurales y le va mejor en las comunas urbanas, particularmente en las grandes ciudades. Llama la atención la gran acogida que encontró su candidatura en las comunas más pudientes, donde se concentra la elite empresarial. En Vitacura alcanza el 23,5% de los votos, en Las Condes el 18,8%, en Providencia 14,7% y en Viña del Mar 11,2%.

Para mostrar el marcado carácter social de su votación, señalemos que el 29,3% de la votación metropolitana de Piñera está en los dos distritos más ricos de Santiago: 21% (Ñuñoa y Providencia) y 23 (Las Condes, Vitacura y Lo Barnechea). Comparativamente, Alessandri recibe aquí solamente el 20,4% de su votación metropolitana y Frei apenas el 9,5 por ciento.

Estabilidad en la relación de fuerzas globales

La relación de fuerzas electorales se mantiene básicamente estable respecto de las elecciones municipales de junio de 1992. La Concertación de Partidos por la Democracia avanza levemente, ello a pesar de la partida de la Izquierda Cristiana y de la Alianza Humanista-Verde, que con candidatos propios obtiene 1,4% de los votos nacionales.

GRÁFICO N° 2 LOS BLOQUES POLÍTICOS Y SU CORRELACIÓN DE FUERZAS ELECTORALES



El Partido Comunista y sus pequeños aliados consiguen mantener la votación de las municipales, deteniendo su caída y mostrando la gran estabilidad de su votación. Elevan su votación en más de dos puntos en 11 distritos, particularmente en Coihaique (17,6 puntos de crecimiento) y Talcahuano (11,2), en ambos casos por la presencia de fuertes liderazgos locales; en Angol (5,8) por la existencia de un bolsón electoral MAPU que hace su aporte, y en Cerro Navia (5,3 puntos) por la fuerza de la candidatura de Gladys Marín. Descienden su votación respecto de 1992 en otros 11 distritos, y la mantienen (menos de dos puntos de variación) en todos los demás distritos donde compiten.

La derecha consiguió detener su caída electoral e incluso ganó dos diputados y un senador, aun disminuyendo levemente su votación. Esto fue posible por la conformación de una lista unitaria del sector, impidiendo que la merma de la Concertación por su izquierda se viera contrarrestada por la presentación de una lista UCC, que habría alineado proporcionalmente más votos a la derecha que a la Concertación. El electorado UCC, si bien en la presidencial optó mayoritariamente por Frei, en la parlamentaria votó por los candidatos propios, de la UDI o de RN que integraban el pacto de derecha.

Si el Partido Comunista y la Alianza Humanista-Verde no hubieran presentado sus candidaturas, ejercicio estéril pero ilustrativo de la fuerza de la derecha unida, la Concertación habría podido aspirar a nuevos diputados en sólo 6 distritos, manteniendo la derecha cómodamente el tercio de la Cámara de Diputados.

Y si junto a las dos listas de la izquierda de fuera de la Concertación hubiera existido una del partido Unión de Centro Centro, la derecha habría corrido alto riesgo de perder 13 diputaciones de las que obtuvo en diciembre pasado. Seis de ellas en distritos populares de la Región Metropolitana (5 UDI y 1 RN).

La derecha al incorporar a la UCC a su lista parlamentaria consiguió su propósito electoral, incluso más allá de sus propias expectativas, y a un reducido costo político. La UCC consiguió sólo dos diputados propios, uno de los cuales anunció ya su ingreso a Renovación Nacional. Los dos independientes que participaron en sus cupos se alinearán con seguridad con alguno de los dos grandes partidos de derecha.

El único costo real del pacto electoral es el ingreso de Francisco Javier Errázuriz al Senado de la República, instalándose cómodamente y por largo tiempo en la escena pública, ahora con la legitimidad de la investidura senatorial. Errázuriz organizará desde aquí su próxima empresa, que es su candidatura presidencial para 1999, introduciendo un factor de desorden y desinstitucionalización en un panorama donde los dos gran-

des partidos avanzaron en su proceso de consolidación y no parecen disponibles para emprender nuevas aventuras de unificación.

Errázuriz mostró, por lo demás, toda su potencia electoral, consiguiendo, lejos, la primera mayoría en su circunscripción senatorial, sacándole más de 38 mil votos de distancia al candidato presidencial Alessandri y obteniendo su lista 13,6% de votos más que los dos candidatos presidenciales de la derecha y más de 5 puntos porcentuales de diferencia sobre las parejas de candidatos a diputado del mismo sector. Por la gran homogeneidad de su resultado queda la impresión que podría haberlo obtenido en cualquier región del país.

Realizada la primera elección parlamentaria en el régimen democrático y reconstituido el sistema político, la derecha emerge con una fuerza parlamentaria inédita en Chile. Además, el sistema binominal le aporta 5 puntos adicionales para elevarse al 41,7% del Parlamento (la Concertación tiene el 58,3%). Lo que parecía provisorio, determinado por el uso del poder municipal y estatal con que contaban los candidatos de derecha en 1989, se consolidó como un elemento de cierta estabilidad en la política chilena. Consignemos que para obtener 6 puntos porcentuales más que Alessandri y Piñera juntos, los candidatos de derecha al Parlamento ignoraron prácticamente la contienda presidencial, más ideológica, y se centraron en el debate local, de la eficiencia parlamentaria para resolver los problemas de la gente. Y aquí, hay que reconocerlo, los diputados de derecha, particularmente los de la UDI, sacaron alguna ventaja sobre la Concertación durante estos 4 años.

Un dato indicativo de esta diferencia global de calidad de las bancadas de ambos bandos es lo ocurrido con los respectivos equipos de diputados. Por las más variadas razones, pero mayoritariamente por haber sido derrotados en las elecciones o en los procesos de primarias partidarias, la Concertación renovará a 34 diputados, que representan casi la mitad (48,6%)

CUADRO N° 1 CAMBIOS EN LA DERECHA

	PARLAMENTO	
	1990-1994 N° diputados	1994-1998 N° diputados
RN	33	29
UDI	14	15
Independientes	1	4
UCC	0	2
Total	48	50

de su nueva bancada. La derecha, en cambio, debió renovar sólo a 13 diputados, que representan 26% de su nueva bancada, ello habida consideración que cuatro cedieron sus cupos para las omisiones en favor de la UCC. Si a ello agregamos que los parlamentarios de derecha obtienen más votos que sus candidatos presidenciales, mientras en la Concertación ocurre lo contrario, podemos decir que globalmente la bancada diputacional de derecha fue más efectiva que la de la Concertación, al menos en el parámetro del juicio de la gente representado en los votos ciudadanos.

GRÁFICO N° 3 A PARLAMENTO 1990-1994 (% Bancada derecha)

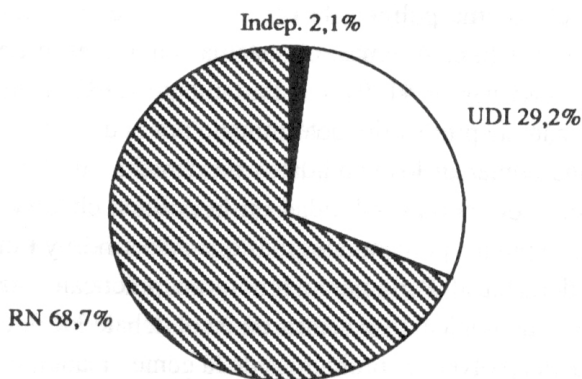
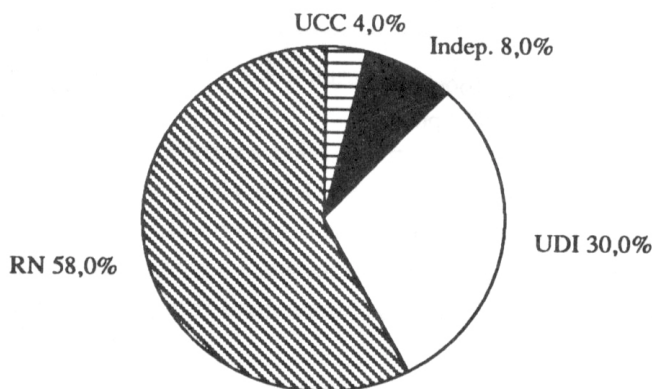


GRÁFICO N° 3 B PARLAMENTO 1994-1998 (% Bancada derecha)



Considerando los movimientos probables, es muy posible que en el próximo Parlamento haya 31 diputados RN, 17 UDI, 1 UCC y 1 independiente.

El éxito parlamentario de la derecha se debe en gran parte a la fortaleza electoral de los diputados de la UDI, la mayoría de ellos instalada en distritos populares, donde la votación histórica de derecha era insuficiente para mantener sus diputaciones. Para lograrlo debieron superar con mucho los resultados obtenidos por Alessandri y Piñera en conjunto. De los 13 diputados UDI que se presentaron a la reelección, perdió uno solo a manos de su compañero de lista RN, siendo reelectos todos aquellos que competían por el segundo cupo con un candidato de la Concertación. Además, sumó dos nuevos diputados quitándole los cupos a la coalición oficialista en distritos populares de la Región Metropolitana.

Las elecciones parlamentarias de 1989 mostraron que la UDI y RN eran dos partidos políticos de similar potencia electoral. Renovación Nacional estableció su diferencia en el Parlamento gracias a la negociación previa, consiguiendo 12 diputados en distritos donde la lista de derecha llevaba 2 candidatos de RN. La performance promedio de RN el '89 fue de 19,9% de los votos, en los 55 distritos donde participó, mientras que la de la UDI fue de 17,1% de la votación en juego en sólo 32 distritos. En los distritos donde compitieron (25 en todo el país), la diferencia entonces fue de sólo 1,7% de los votos, ganando RN en 14 y la UDI en 11 de esos distritos.

En esta elección, las performances de ambos partidos crecieron con la unidad de la derecha, obteniendo un rendimiento de 25% RN en los 41 distritos donde participaron sus candidatos, y 22,2% la UDI en 29 distritos. Esta vez compitieron en sólo 16 distritos, 10 de ellos ganados por RN y 6 por la UDI. Esta última obtuvo allí un resultado de 19%, a buena distancia del 24,4% logrado por RN en esos distritos. En realidad, son muy pocos los distritos donde hubo voluntad real de los partidos por competir, y los triunfos más resonantes los obtuvo la UDI en Las Condes sobre Allamand, en San Bernardo sobre Viveros y en Cauquenes sobre Gustavo Alessandri; Renovación Nacional, por su parte, ganó en Vallenar, Viña del Mar, Santiago, Puerto Montt y Puerto Varas, donde venció a un diputado UDI en ejercicio.

La combinación electoral más poderosa de la derecha es aquella conformada por candidatos de RN y de la UDI. Allí donde comparten lugares en la lista parlamentaria (16 distritos) alcanzan al 43,4 por ciento de los votos, 7,9 por ciento más que los dos candidatos presidenciales de derecha en esos distritos, e incluso un pequeño crecimiento (1,1%) respecto de la votación total del sector en las municipales '92.

Al extremo opuesto están los distritos donde ambos partidos omitieron en favor de la UCC, que lleva candidatos propios o independientes. En los 7 distritos donde esto ocurre, la lista obtiene 29% de los votos, apenas 1,8% más que Alessandri y Piñera, y 6,8% menos que lo conseguido en 1992 en esos mismos distritos.

Cuando RN va acompañado de un candidato de otro partido que no sea la UDI o de un independiente del sector, la votación asciende al 35,4%, varios puntos (5,6) porcentuales más que los candidatos presidenciales, pero 2,8% menos que la votación del sector en las municipales pasadas. En tres ocasiones, además, los independientes superan la votación de los candidatos de Renovación Nacional (San Antonio, Chiloé y Punta Arenas).

Cuando es la UDI la que se acompaña de un candidato independiente o UCC, la lista obtiene 33,5% de los votos, 6% más que los presidenciales y prácticamente la misma votación (0,2% superior) obtenida por ambas listas de derecha en las municipales de 1992.

La UCC o sus candidatos independientes no logran captar la totalidad de la votación de derecha, aunque lo hacen de manera suficiente para conservar el diputado para el sector en tres de los seis distritos omitidos por RN-UDI. Su potencia electoral es menor, en todo caso, que la de los grandes partidos de derecha.

El electorado de derecha no distingue con nitidez las opciones particulares que representan los partidos RN y UDI, desplazándose con gran fluidez entre los mejores candidatos de ambas fuerzas, u optando por alguno de ellos en ausencia de los otros. Los candidatos de cualquiera de los dos partidos —las cifras son levemente superiores para la UDI— tienen similar capacidad para concitar, en ausencia de candidatos del otro partido, la adhesión del conjunto del electorado de derecha.

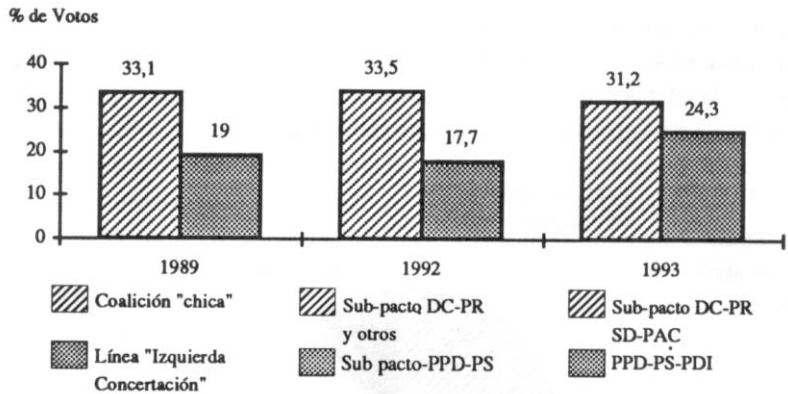
Será difícil para la UDI remontar la gran diferencia establecida por RN a su favor en la negociación parlamentaria previa a las elecciones de 1989, lo que se tradujo posteriormente en una ventaja notoria en las municipales pasadas y se expresó nuevamente en el gran número de diputados seguros de su reelección con que Renovación Nacional abordó la justa electoral de diciembre pasado. Probablemente una competencia menos limitada con RN —en el mayor número de distritos posible— le sería favorable a la UDI en términos del establecimiento de una relación de fuerzas parlamentarias más equilibrada entre ambos.

Nuevos equilibrios en la Concertación

En las elecciones municipales de 1992 había ocurrido lo previsto, es decir, la Democracia Cristiana y sus aliados aumentaron levemente su peso

electoral, mientras que la izquierda de la Concertación disminuyó también levemente. Lo primero se esperaba como consecuencia de ser el principal partido de gobierno, del mismo del Presidente Aylwin, por la presentación aquella vez de candidatos en todo el país y, en el caso de la DC, en número igual o superior a tres en cada comuna; lo segundo también se esperaba y, en medida mayor, por el Partido Comunista y sus aliados, que tuvieron candidatos propios en todas las comunas de Chile, y no apoyó a ningún candidato del PPD ni del PS, como lo hizo en numerosos casos en 1989.

GRÁFICO N° 4 CAMBIOS EN LA CONCERTACIÓN



En torno a la DC en 1989 se había articulado 63,5% del voto concertacionista, y en 1992 esta proporción se elevó a 66,7%, estableciendo una relación de 2/1 con sus aliados a la izquierda. La principal novedad de los resultados de 1993 es que la fuerza electoral de la Democracia Cristiana y sus aliados pasa a representar solamente 56,2% de la Concertación, disminuyendo notoriamente la ventaja que mantenía respecto del PPD y PS considerados en conjunto. Considérese, además, que en 6 distritos había solamente candidatos de la DC y de sus aliados de subpacto.

CUADRO N° 2

	PARLAMENTO	
	1990-1994 N° diputados	1994-1998 N° diputados
DC	40	37
PR-SD	7	2
PS	17	15
PPD	7	15
PDI	0	1
Total	71	70

Aunque los partidos de la Concertación tienen mayor correspondencia con electorados propios que la de los partidos en la derecha, esta última elección demostró que la fluidez de 1989 continúa intacta. Existe, como en aquella primera elección fundacional, un electorado concertacionista que se desplaza con fluidez entre los distintos partidos de la Concertación de acuerdo a la calidad de sus candidatos y a su capacidad para encarnar los valores, objetivos y estilos de la coalición.

Este hecho mayor, de afirmación concertacionista del electorado, obliga a relativizar toda conclusión fácil sobre el avance político del PPD y el PS y el virtual retroceso de la DC. Sin duda que algo de eso hay, pero lo fundamental fue la inteligencia y capacidad de las campañas de diputados y candidatos PPD y PS para apelar con éxito al voto concertacionista.

GRÁFICO N° 5 A PARLAMENTO 1990-1994 (% Bancada Concertación)

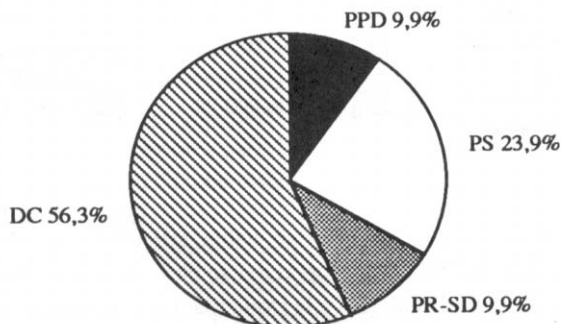
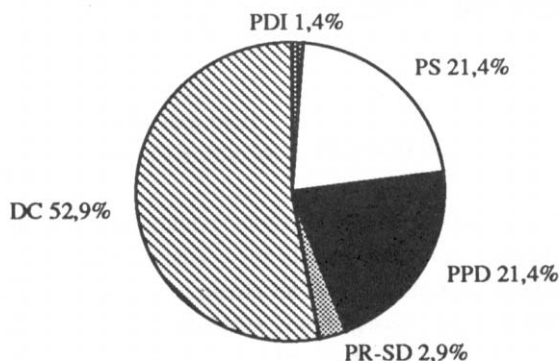


GRÁFICO N° 5 B PARLAMENTO 1994-1998 (% Bancada Concertación)



Cambios en la fuerza electoral de los partidos de la Concertación

Los hechos más notorios del resultado de esta elección son la notable alza del PPD y la significativa reducción del radicalismo. El Partido Socialista, por su parte, disminuye levemente el tamaño de su bancada, y lo mismo le ocurre, desafiando todas las expectativas, a la Democracia Cristiana.

El Partido Socialista perdió sólo dos de los distritos donde tenía diputados y presentó candidatos en esta elección: San Antonio y Pudahuel. En la negociación había cedido Iquique y Tocopilla, y ganó nuevas diputaciones en Illapel y Coquimbo. Por otro lado, varios de sus diputados y candidatos, que supuestamente competían con la derecha por el segundo cupo, aventajaron a los diputados o candidatos DC (Illapel, La Cisterna, La Pintana, Rancagua, Talca y Punta Arenas), obteniendo resultados muy cercanos o siempre suficientes para que la Concertación doblara a la derecha (La Florida, Concepción, Antofagasta, Coronel y Coquimbo); los diputados que competían en la Concertación con candidatos radicales (Rengo y Linares) los superaron ampliamente. Donde compitió con la DC (25 distritos), ésta le tomó una distancia de 8,8% de los votos, aventajándolo en 18 de esos distritos.

En los 28 distritos donde participaron candidatos socialistas, éstos hicieron crecer la votación municipal del PPD y PS en 7,1 puntos porcentuales, mientras que los candidatos del subpacto DC disminuían la propia en 4,2 puntos, resultando un crecimiento global de la Concertación de un 2,9 por ciento. Como en esos distritos la competencia hizo disminuir al PC en 1,2% respecto de las municipales, se puede estimar el crecimiento del PS hacia el electorado concertacionista en 5,9 puntos porcentuales.

Los candidatos del Partido Radical y de la Social Democracia mostraron su baja capacidad para concitar la adhesión mayoritaria del electorado concertacionista. Ello, a pesar del pacto de apoyo mutuo con la Democracia Cristiana y del empeño que puso la dirigencia nacional de la DC en el disciplinamiento militante donde debió ser necesario. Perdieron todas sus competencias con candidatos PPD, PS y PDI, incluidos sus cuatro diputados. La Social Democracia desaparece del próximo Parlamento y los radicales estarán representados por dos diputados, uno elegido gracias a la gran votación de una candidata PPD en Lota, y el otro luego de haber superado la votación del diputado DC en San Fernando. Esta es la paradoja de un partido que puso todas sus esperanzas de potenciar su representación parlamentaria gracias a una buena negociación con la DC dentro del subpacto que lo une a ella.

18,7 puntos porcentuales separan al PR-SD de los candidatos PPD, PS y PDI en los 11 distritos donde compiten. Y todavía mayor es la distancia (22,4%) que los separa de la DC en los 6 casos en que participan dentro de la misma lista. En los distritos donde participan radicales y socialdemócratas, por lo demás, la votación global de la Concertación se reduce, y tanto en compañía de candidatos democratacristianos como PPD o PS se obtienen más de 5 puntos porcentuales por debajo de la votación de Frei en esos distritos.

Lo habían predicho las encuestas para las municipales 1992, pero el radicalismo de provincias, fuerte de antiguas figuras locales en ciudades intermedias, pudo resistir y obtener una digna votación. Sin embargo, los resultados de estas elecciones parlamentarias muestran que los candidatos radicales tienen grandes dificultades para ganar una competencia al interior de la Concertación, abriendo así una interrogante sobre la conveniencia de pactar, el modo de hacerlo y también sobre la identidad de los socios posibles. Es difícil imaginar nuevamente a la DC omitiendo en su favor en algunos distritos, así como al PR aceptando el alto riesgo de competir con diputados PPD o PS.

CUADRO N° 3

	N° de distritos en que participa	N° de votos	Universo en que participa	% Votos (universo en que participa)	Diputados electos	% Votos (universo nacional)	% de la Cámara
CONCERTACIÓN DE PARTIDOS POR LA DEMOCRACIA							
DC	48	1.803.090	5.582.597	32,3	37	27,2	30,8
PPD	25	784.681	2.808.036	27,9	15	11,8	12,5
PS	28	797.428	3.079.912	25,9	15	12,0	12,5
PR-SD-Ind.	18	263.985	1.728.773	15,3	2	4,0	1,7
PDI	1	33.031	76.308		1	0,5	0,8
Total	60	3.682.215	6.637.813	55,5	70	55,5	58,3
UNIÓN PARA EL PROGRESO DE CHILE							
RN	41	1.078.862	4.307.532	25,0	29	16,3	24,2
UDI	29	805.350	3.624.788	22,2	15	12,1	12,5
UCC	21	211.822	2.277.414	9,3	2	3,2	1,7
Ind./Otr. der.	25	334.505	2.679.189	12,5	4	5,0	3,3
Total	60	2.430.539	6.637.813	36,6	50	36,6	41,7

El Partido Por la Democracia obtuvo el rendimiento electoral más alto después de la Democracia Cristiana. A sólo 4,5 puntos porcentuales de la DC en los 17 distritos donde compitió con ella, ganándole en 6 de ellos y siendo aventajado en los 11 restantes. Aunque muy pocos eran diputados en ejercicio, la mayor parte (11) de los candidatos PPD obtuvieron primeras mayorías distritales y este partido estuvo cerca de obtener otros 3 a 5 diputados. Estas elecciones, además del salto cuantitativo del PPD, marcan su transformación de un partido fundamentalmente metropolitano a otro de carácter nacional, pasando de 4 a 11 diputados en regiones y estableciendo por primera vez presencia parlamentaria en las regiones Primera, Séptima, Novena y Décima.

Allí en los 25 distritos donde el PPD presentó candidatos, éstos hicieron subir la votación municipal PPD-PS en 10,3 puntos porcentuales, en tanto sus compañeros de lista disminuyeron la del sub-pacto DC en 8 puntos. Como la votación comunista en esos distritos no disminuye, sino que aumentó levemente (0,8%), se puede decir que el PPD avanzó casi 11 puntos porcentuales hacia el electorado concertacionista, votantes que en 1992 habían optado por candidatos DC o radicales.

La Democracia Cristiana es, lejos, la primera fuerza electoral y parlamentaria del país. Se puede decir que mantuvo su rendimiento electoral, elevando levemente el 26,7% obtenido en 1989 en 45 distritos y disminuyendo ligeramente en 1,9 punto porcentual su performance de 1989 en el universo donde presentó candidatos.

Si existe una impresión generalizada de que a la DC no le fue bien es porque sus resultados distaron de todas las previsiones, aun las más moderadas. Un crédito en torno al 35 por ciento de las preferencias ciudadanas en todas las encuestas; el candidato presidencial de la Concertación y tempranamente seguro Presidente había sido hasta hace poco presidente de la Democracia Cristiana; después de las municipales, la DC había emergido con un poder comunal claramente superior al de todas las otras fuerzas políticas de la Concertación; había logrado mantener la unidad de su sub-pacto disminuyendo las concesiones, dejando a los candidatos del PPD y del PS sólo con su mutuo apoyo; contaba con una enorme ventaja en el uso de la franja televisiva, y, finalmente, se conocía el peso de los recursos humanos y materiales del principal partido de Chile.

El temor a la “marea azul” fue tema periodístico y de algunos analistas durante toda la campaña. Los propios dirigentes de la campaña DC, precavidos por lo ocurrido en las municipales del '92, moderaban su optimismo proyectando un resultado del orden del 30 por ciento para su partido y una bancada apenas por sobre 40 diputados. Los demás partidos

de la Concertación esperaban que la DC perdiera tres a cinco de sus candidatos, quedándose con 43 a 45 diputados.

Desde el punto de vista de las expectativas ciudadanas, el haber obtenido 37 diputados constituye una pequeña derrota para el partido principal. Cuando a todos les parecía invencible, pierde a 11 de sus candidatos, varios de ellos inesperadamente. Son grandes sorpresas las derrotas de los diputados Leblanc en Arica, Jara en Los Andes, Caraball en Las Condes, Rojo en La Cisterna, Yunge en La Pintana, Rodríguez en San Fernando y Huepe en Talcahuano, así como las de los candidatos Fernández en Rancagua y Curtze en Punta Arenas. Tampoco se esperaba la distancia de llegada respecto de los candidatos del PPD o del PS en Cerro Navia, Santiago Centro, Illapel, Talca y Chillán.

Distintas estrategias de campaña, diversos éxitos

Por qué retrocedió la DC en muchos distritos respecto de sus propios resultados municipales es una pregunta que tiene una respuesta múltiple y, como siempre en estos casos, hipotética. Parte de ella está probablemente en la deficiente gestión de algunos de sus parlamentarios, en la insuficiente calidad de varios de sus candidatos y en la falta de cohesión interna generada por el método de elección de sus candidatos al Parlamento.

Pero lo decisivo fue haber enfocado la campaña como un simple proceso de información a la ciudadanía de cuáles eran los candidatos democra-ta-cris-tia-nos (así se acostumbró a pronunciar durante la campaña). La franja televisiva, los mensajes, el discurso de muchos de sus candidatos, la actitud de sus equipos de campaña, etc., todo estaba inmerso en esa disposición. El partido se puso entero por delante de los candidatos, había que votar por ellos porque eran decé, “vota demócratacristiano”, era su invitación al electorado.

Muchos electores de la Concertación, la mayoría de ellos, tienen preferencias “blandas” por los partidos, y no están disponibles para acudir al llamado a afirmar una pertenencia partidaria. Los electores de los tiempos presentes necesitan ser “seducidos” por los candidatos, requieren ser convencidos de sus calidades y de su credibilidad. Porque la gran mayoría toma casi sin reflexionar su opción entre los grandes campos opuestos (el SI y el NO, en nuestro caso todavía), y al interior de ellos escoge cuidadosamente a quienes estima los mejores. Sólo ello explica que buena parte de los que votaron Schaulsohn en Santiago el '89, voten Ravinet el '92 y hayan apoyado a Schaulsohn el '93.

La calidad del elenco de candidatos y su perfilamiento como líderes ciudadanos al servicio de la gente antes que dirigentes políticos, así como

la profesionalización de las campañas en todas sus fases, desde el diseño estratégico hasta la producción publicitaria, tienen por supuesto que ver con el éxito del Partido Socialista y, todavía en mayor medida, del espectacular crecimiento del PPD. Pero más allá de la modernidad de sus campañas, el dato clave que permitió contradecir las expectativas de analistas de todos los signos está en el diseño estratégico de posicionamiento político de sus candidatos.

Fundamentales en este diseño son el modo de relación establecida por el PPD y el PS durante la campaña, la clara jerarquización de los factores que determinan el voto y la apuesta plena de los candidatos de ambos partidos a la Concertación y al candidato presidencial Eduardo Frei.

Hubo claros planteamientos en favor de la realización de una campaña única PPD-PS, bajo liderazgo común, mando político único e, incluso, gráfica publicitaria y franja televisiva conjunta, que proyectara una identidad común del PPD-PS frente al otro sub-pacto de la Concertación. Al desarrollar sus propias campañas y desplegar todas sus especificidades, ambos partidos evitaron la configuración de una escena electoral donde competían los dos sub-pactos, porque si de eso se trataba, los resultados ya habrían sido escritos en las municipales pasadas. Escaparon, además, al riesgo de dibujar una situación que opusiera “los candidatos de Lagos” a “los candidatos de Frei”, oposición cuyos resultados habrían sido establecidos previamente en las primarias de la Concertación.

El segundo elemento clave de este diseño fue desechar rápidamente toda tentación de competir con los candidatos comunistas por el electorado radical insatisfecho con el Gobierno, haciendo concesiones populistas en el discurso. Apostaron claramente a ganar la adhesión mayoritaria del electorado concertacionista, buscando, además, captar desde allí parte del “plus” de electores no politizados que votaría por Frei. De hecho, los candidatos del PPD y del PS se disolvieron provisoriamente al interior de la Concertación, no se presentaron como candidatos de un sub-pacto, sino que buscaron liderar la coalición y encarnarla ante la gente. No pocos de sus triunfos se deben a que lograron configurar —con ayuda de sus competidores internos— un cuadro en que disputaban la elección un candidato del Partido Radical, de la Democracia Cristiana o del sub-pacto DC-PR, con otro de la Concertación, que era el del PPD o del PS.

El tercer elemento decisivo fue establecer un orden de relevancia de los factores en juego en la campaña que correspondiera a las motivaciones del voto ciudadano. El dato relevante aquí es que la gente vota por personas, juzgando su calidad y credibilidad, que opta fácilmente y con gran seguridad entre los dos grandes partidos de la política chilena, el SI y el

NO, pero que al interior de ellos se mueve con fluidez y, en el caso de la Concertación, vota por el candidato que mejor encarne los valores, actitudes, planteamientos y estilos de lo que ha sido esta coalición desde la campaña del NO hasta hoy día. Candidato-Concertación-Partido, ése era rigurosamente el orden de relevancia planteado en las campañas.

El candidato siempre adelante, buscando la adhesión ciudadana por su propia calidad y credibilidad; luego la Concertación, representada por el reconocimiento a la gestión del Gobierno y el estrecho vínculo con el candidato presidencial Eduardo Frei, y en tercer lugar el Partido, la opción específica de la Concertación a la que pertenecen los candidatos. Esta jerarquización fue rigurosamente sostenida en todos los instrumentos y acciones de las campañas.

Mientras la DC invitó a votar por fulano porque era demócratacristiano, el PPD invitó a votar por zutano(a), que tiene tales cualidades, que es de la Concertación y está junto a Frei, y que va por el PPD, uno de los partidos importantes de la coalición. No se invitaba a “votar pepedé”, sino más bien a votar por líderes de la Concertación que son del PPD.

Colofón

Estas elecciones entregan informaciones que probablemente formen parte estable del paisaje político chileno. Hay algunos antecedentes que son estructurales, pero la mayoría de ellos estará determinado por el comportamiento político de los actores en el período que sigue.

La derecha se consolidó —parece ser un rasgo estable del nuevo Chile— en niveles de adhesión electoral muy superiores a sus tasas históricas, del orden del 20-25 por ciento. La mantención de tasas como ésas pasa por conjurar el riesgo de la sobreideologización, mantener su diversidad y lograr constituirse como la invitación viable para “dar vuelta la hoja” y definirse en función de los temas del presente y del futuro.

La escena política sigue estructurada de acuerdo a la división en las alineaciones de 1988, al momento del plebiscito. La votación de Frei representa el primer paso de un segmento significativo del electorado para dejar de definirse en esos parámetros, pudiendo optar para Presidente por un candidato del NO y para diputado por otro del SI. El establecimiento de relaciones múltiples entre todos los partidos y la emergencia de temas que cruzan diagonalmente a los campos e incluso a los partidos permiten augurar diálogos, acuerdos y, quién sabe, alianzas, provisorias o estables, entre actores políticos instalados en campos hasta ahora opuestos.

La oposición al régimen militar, el establecimiento de un gobierno de transición democrática y el sistema binominal hicieron desaparecer la estructuración de la sociedad política en tres tercios. Quienes en la izquierda se agrupan en el antiguo tercio no constituyen sino la catorceava parte del electorado, remedo distante del gran tercio constituido por la unidad socialista-comunista en tiempos pretéritos. En realidad, dos grandes campos se oponen en la política chilena, y la principal línea divisoria es todavía la misma, la que cruzó al SI y al NO. La disolución progresiva de esa distinción no conduce necesariamente al regreso a la división de la sociedad chilena en los tres tercios tradicionales, y parece más probable el paso a una multipolaridad que posibilite el establecimiento de coaliciones con predominios de diverso signo.

La Concertación, sin embargo, ha reafirmado su vigor y su correspondencia con un electorado mayoritario que le reconoce una identidad política y adhiere genéricamente a ella más allá de los partidos que la conforman. Ha caminado hacia su simplificación institucional, basada en la alianza de tres grandes partidos: DC, PPD y PS. La Democracia Cristiana ha mantenido su condición de partido principal y el espacio concertacionista ha permitido crecer tanto al PPD como al PS, los que se han consolidado como dos fuerzas diferenciadas al interior de la coalición de centroizquierda. La Concertación parece proyectarse ya más allá de 1999, pero deberá resolver, entretanto, los mecanismos adecuados para permitir la competencia interna sin poner en riesgo la estabilidad de la coalición.

La proyección de las votaciones parlamentarias a las próximas mediciones electorales, que tienen carácter local, es un ejercicio peligroso e incierto. Por lo demás, todo lo que se pueda decir acerca de la fuerza electoral de cada partido en estas elecciones parlamentarias debe ser considerado con mucha prudencia, pues los votos de cada uno corresponden en gran medida a la capacidad de sus candidatos para captar la adhesión del conjunto del sector en que está integrado, mucho más que la fuerza propia. □